

ENTRE EL SUEÑO Y LA VIGILIA

POR

YACENTE

Siempre vivimos y soñamos con un pie apoyado en la infancia.

En cuánto se estima soñar, cuando el rumor silencioso del hospital te envuelve, día tras día, solo interrumpido por las llamadas urgentes del sonsonete reiterado de los tonos estribillo de la canción revolucionaria mejicana “La cucaracha ya no puede caminar”, en continuo urgir a la rápida resolución de alguna emergencia clínica de la persona postrada en cama, con necesidad de ayuda. Curiosa alerta a las enfermeras que saben que los hospedados en este hotel de personas yacentes tiene escasas posibilidades de levantarse y caminar por sí mismas.

En esta obligada espera donde el tiempo se detiene, la estática figura yacente del enfermo sueña, entre intermitentes vigiliadas, descubriendo aspectos de su vida pasada que creía olvidados por insignificantes unos, por excesivamente complejos otros, pero de cuya trascendencia es inútil profundizar, hasta llegar a confundir, algunas veces, sueño y vigilia; realidad y delirio.

Al filo de la media noche, al punto de coger el primer sueño, cuando ya cada uno de los pacientes de este hospital, ha encontrado el que le hará tener unos pocos momentos placenteros, o tal vez inquietantes, hasta que una nueva vigilia lo vuelva a la realidad.

De pronto, una intensa luz blanca entra en su incipiente y singular espacio onírico; al contraluz, un ángel vestido de blanco, con las alas amputadas, pero con rumor angelical entra en la habitación, donde el enfermo reposa, como un vendaval celeste para depositar la última pastilla del día y las primeras instrucciones para el día siguiente. Él será el primero de la lista de intervenciones.

Aunque preocupado, poco a poco, el Yacente se deja llevar por los espacios oníricos, en un torbellino extraño donde no reconoce nada que pueda asociar a una realidad identificable; una nebulosa lo rodea, siente temor y quiere regresar, pero el sueño no lo deja. Se encontró, de pronto, en un extraño paraje donde una luna exageradamente grande había tocado tierra sobre el horizonte. Al poco, esa mínima luz que aún hacía oscilar las sombras, dejó de iluminar el inhóspito lugar, formando un amasijo oscuro de empastadas formas. No identifica el sitio ni puede asociarlo a nada conocido. Ahora, grandes quebradas de oscura piedra formando laberintos rectilíneos se abren ante él; con paso inseguro se adentra en una estrecha cañada: siente un frío cada vez más penetrante que le va calando poco a poco hasta hacerle tiritar. Lo que él cree sueño o quizás su otra realidad, lo devuelve a su cama de hospital en la que se encuentra desnudo, totalmente desposeído de las mantas que le abrigaban. Un ángel blanco se posa sobre él e intenta recomponer su desordenada cama y cubre con amabilidad su desnudez. Todavía semiinconsciente intenta sacudirse el inquietante estado al que estuvo sumido. Necesita mantenerse despierto, pero no lo consigue, y el extraño sueño lo arrastra,

otra vez, hasta las profundidades del anterior, a la oscuridad, y él se resiste en un ir y venir continuo entre sueño y vigilia hasta llegar a confundir cual es la auténtica realidad.

El viento arrecia entre los laberintos de roca y traen hasta él rumor de jaurías perrunas, sonidos estridentes de objetos metálicos y voces groseras de humanas gargantas. “Cazadores en resaca” se dice, tranquilizándose por un momento, “hablaré con ellos y me orientarán”. De pronto, el vozarrón más cercano lo descubre y grita: “Es él, lo hemos encontrado, es el muchacho que desapareció”, conteniendo, de inmediato, a la jauría que vagaba enloquecida siguiendo su rastro.

Sorprendido y atemorizado por los perros, emprende una huida sin retorno; cuando ya ha perdido toda esperanza y al punto de ser atacado por los mastines, el sueño lo devuelve agresivamente de nuevo a su cama de hospital entre gritos de pánico, alarmando al personal sanitario. Esta vez el ángel blanco que lo mira con severidad no es la angelical enfermera sin apéndices alados, sino una rotunda auxiliar de enfermería con enormes brazos, que en un santiamén pone la cama nuevamente en orden, murmurando: “al final tendremos que inmovilizar a este paciente antes de que se caiga de la cama”.

La habitación ha quedado en penumbra y ahora solo se oye la fuerte respiración desacompañada del molesto vecino con su sinfonía de diferentes y extraños ruidos guturales. Entre brumas recuerda vagamente el sueño que estuvo inmerso, y se hace mil preguntas cómo pudo recordar, en sueños, aquel lamentable episodio de su vida, cuando, a temprana edad, en un descuido de las tutelas paternas se encontró aislado y perdido en medio de la montaña de cumbres nevadas; pero el sueño era tan real que inexorablemente tuvo que revivir aquellos momentos de su vida.

En su duermevela, entre las brumas del sueño, recordó aquel fatídico día en el que el mal tiempo había dejado aislada, durante dos días, aquella pequeña casita de campo, abandonada en medio de la nada, donde se hacinaban las siete personas que formaban la familia: los padres y cinco hermanos de distintas edades. Fueron tiempos duros en los que aquella precaria existencia se corregía valiéndose de los recursos que la naturaleza ofrecía: caza, pesca y verduras silvestres. Fue en una salida en busca de alimento cuando, cada miembro de la familia, ocupado en su función recolectora, se olvidó de él, el más pequeño, que poco a poco fue distanciándose de los demás hasta perder por completo todo contacto con el resto de la familia.

El sueño lo reclama de nuevo y de nuevo como si del “Día de la Marmota” se tratara vuelve a aquellos parajes montañoses perdidos. El frío le atenaza de nuevo y siente el despertar con unas manos angelicales que vuelven a cubrir su desnudo cuerpo.

Amanece y todo el hospital se llena de voces nuevas sin estridencia, con una actividad organizada para cubrir los retos de la nueva jornada. Al Yacente que tuvo en vilo a las enfermeras del turno de noche hay que prepararlo para su intervención quirúrgica. Ha pasado toda la noche entre un ir y venir de largas y extrañas pesadillas y cortas vigiliadas inmersas en los recuerdos de sus ensoñaciones: sus nervios afloran con intensidad. Será necesario inyectarle un suave tranquilizante que lo suma en un leve letargo y así su tránsito a quirófanos será amable y tranquilo.

El sueño vuelve a raptarlo y lo vuelve a llevar a su niñez, pero ahora a un hermoso paraje primaveral, un sol radiante junto a una especie de claro de florido césped, rodeado de frondosos árboles, donde se encuentra toda la familia reunida, celebrando algo que él no acaba de comprender: hay risas, juegos y cánticos. Al sentirse arropado por sus padres le embarga una felicidad nunca sentida. Escucha el trino de un jilguero que revolotea entre las ramas de una tupida zarza morera e intenta localizarlo a la vez que se aleja peligrosamente del grupo. Busca obsesivamente al pájaro que poco a poco se distancia llevando su trino hacia arbustos más espesos. Reacciona a tiempo antes de perder de vista a sus padres y les envía una señal de alarma que el padre interpreta como una petición de aprobación y oye, a lo lejos, su voz paternal que le dice: “ve, ve, márchate”.

Unas suaves manos, esta vez de un ángel áptero vestido de verde, lo invitan a despertar:

“Por fin ya estás con nosotros, tardaste un poco en volver”, dice la doctora.

-Él pregunta si vio al jilguero.

-Ya lo preguntaste muchas veces, contesta la doctora. Todo ha ido bien. Ahora podrás reunirte con tu familia.

-¿volveré con mis padres? Dice aún adormilado.

La doctora pareció no entenderlo bien, quizá dijo volver con sus hijos, pues el paciente era muy mayor; no le dio más importancia y ordenó subirlo a su habitación.